

INSTITUTO MISIONES CONSOLATA

BIENIO SOBRE LA PERSONA

29 de enero de 2021 - 29 de enero de 2023

Ficha 14 - febrero de 2022

Dimensión espiritual

JOSÉ ALLAMANO

**“Necesitamos orar, y orar mucho,
porque somos misioneros”**

Todo lo puedo en Aquel que me conforta !
(Fil. 4,13)



**Bienio
sobre la persona**

FRASES INICIALES

“¿Y cómo podemos hacer el bien si no estamos unidos con Dios? Se hace más en un cuarto de hora después de haber orado, que en dos horas sin oración. Todas nuestras palabras no valen nada, si no se está en la gracia de Dios. Nuestro primer deber, ¡recordadlo siempre! – no es ajetrearnos, sino la oración” (Beato José Allamano, *La Vida Espiritual*, 530-531).

“Quiero orar mucho y bien... no multiplicando las oraciones, sino aumentando el fervor” (Beato José Allamano, *Cartas*, 8 de agosto de 1914, a Sor María de los Ángeles).

“Ahora que estáis en comunidad, tenéis muchos medios y ayudas ... [En África] tendréis más libertad y llegaréis a abandonar el breviario, con la excusa de que hay mucho trabajo por hacer. Los santos no hacían así: necesitamos orar, y orar mucho, porque somos misioneros” (Beato José Allamano, *Conferencias a los misioneros*, 15 de abril de 1925).

“¡Hacerlo todo bien, pero orar aún mejor!” (Beato José Allamano, *Conferencias a los misioneros*, 16 de abril de 1907).

“El monte, lugar de grandes encuentros entre Dios y el hombre, es también el lugar donde Jesús pasó horas y horas en oración (cfr. Mc 6.46), uniendo la tierra y el cielo; a nosotros, sus hermanos, con el Padre. ¿Qué significado tiene para nosotros el monte? Que estamos llamados a acercarnos a Dios y a los demás: a Dios, el Altísimo, en el silencio, en la oración. (...) Pero también a los demás, que desde el monte se ven en otra perspectiva, la de Dios que llama a todas las personas. (...) El monte une a Dios y a los hermanos en un único abrazo, el de la oración. La misión comienza en el monte: allí se descubre lo que cuenta. Esta es la misión: subir al monte a rezar por todos y bajar del monte para hacerse don a todos” (Papa Francisco, *Homilía para el Domingo Mundial de las Misiones*, 20 de octubre de 2019).

STATUS QUAESTIONIS

Cuestionar nuestra oración, detenernos a verificar su “estatus”, también significa hacer un balance de nuestra fe, examinar nuestra vocación, evaluar cómo estamos viviendo el ministerio y, más radicalmente, hacer un balance de nuestra vida. La pregunta: “**¿En qué se ha convertido mi oración?**”, equivale también a: “¿En qué se ha convertido mi vida?” y “¿Qué he hecho con mi servicio misionero?”.

A veces, es la vida misma, con su carga inesperada de acontecimientos como lutos y enfermedades, contradicciones y relaciones atractivas, cambios no deseados y obediencias sufridas, que lleva al misionero a situaciones a las que no hubiera querido llegar, ni pensado o siquiera imaginado alcanzar, el día en que pronunció su “sí”, su adhesión al llamado del Señor.

Sin embargo, y mucho más a menudo, advierte el X Capítulo General, es “la participación en las actividades misioneras lo que muchas veces nos hace olvidar la **exhortación** del Fundador por quien **el misionario es un hombre de mucha oración** y hace más, en poco tiempo, después de haber orado. **Escasean espacios de silencio, de meditación, de oración personal y comunitaria.** Las pocas prácticas de piedad que hacemos en comunidad se consideran más que suficientes; el resto caen dentro de los compromisos personales. La falta de una **dimensión espiritual vigorosa** vuelve menos creíble nuestro servicio a la Misión. Entonces aparece nuestro límite: la superficialidad y la falta de profundidad en las diversas expresiones de nuestra vida. **Es imprescindible volver a vivir “el absoluto de Dios”; es decir,** una espiritualidad fuerte, una experiencia profunda de Dios, que anima y mueve nuestro ir ad gentes” (X CG 3.1).

Con el paso de los años, la costumbre y la rutina vuelven superficial y monótona nuestra oración, y así, sin darnos cuenta, nos conformamos

y vivimos en una actitud de “**estacionamiento**”, sin ese impulso del deseo que es el que nos hace avanzar. Nos hace bien preguntarnos: ¿no estamos, desde hace demasiado tiempo, bloqueados, aparcados en una “**misión convencional**”, con ritos, fórmulas y devociones que **ya no inflama el corazón y no cambia la vida? Es triste cuando una comunidad de religiosos no tiene deseos y sueños** y, cansada, se arrastra en el manejo de las cosas en vez de dejarse sorprender por Jesús, por la alegría desbordante e incómoda del Evangelio. **Es triste cuando un misionero ha cerrado la puerta al deseo y cae en la mediocridad** (cfr. Papa Francisco, *Homilía*, fiesta de la Epifanía, 6 de enero de 2022).

Las enseñanzas y, sobre todo, el ejemplo del beato José Allamano, atestiguan que, para renovar el amor al Señor y reavivar el celo por la Misión, “**el misionero necesita orar, y orar mucho**”. Porque **lo que una vez ha elegido, el misionero debe volverlo a elegir en las nuevas y diferentes situaciones en las que se va encontrando en su vida.** Las motivaciones que lo llevaron a la opción vocacional en el pasado podrían no ser suficientes y no ser capaces de sostener, hoy, la carga ministerial.

ILUMINACIÓN

Es más fácil, desde luego, escribir un libro sobre la oración que tratar de describir la vida de oración de un hombre de Dios, porque sería equivalente a decir “quién es” en su relación más íntima con el Señor. *El hombre de Dios es su oración*, porque la oración es una de las expresiones más personales y completas de su ser; siempre y cuando, por oración nos refiramos a algo más que al movimiento de los labios o al rezo de unas fórmulas, y la consideremos, más bien, como expresión global de las relaciones con Dios.

Allamano era un hombre de Dios porque era un hombre de oración. Y viceversa. Sin embargo, es su forma de orar la que le califica, no sólo como persona, sino que califica también el patrimonio espiritual que nos ha transmitido. Es su estilo de oración el que deja una huella particular en *la espiritualidad de la acción, en el bien hecho bien, en la bondad de la vida, en la mansedumbre como método misionero.*

Tal sólo ojeando los escritos espirituales del beato José Allamano, descubrimos con sorpresa que el Fundador no propone a sus misioneros una oración ordinaria, poco exigente y, en todo caso, alejada de esa profunda y elaborada oración que “el pueblo de Dios” y los contemplativos aman cultivar. De hecho, no apunta a una oración “cualquiera”, sino al verdadero **“espíritu de oración”**.

El “espíritu de oración”

Entregando a sus hijos e hijas un tipo de apostolado muy exigente, como el apostolado misionero, Allamano quiere que estén equipados sobre todo con la vida interior, con la unión con Dios y, por lo tanto, tiene una alta estima del **“espíritu de oración”**.

“Un misionero y una misionera deben ser capaces de mantener el recogimiento en cualquier lugar; saber pasar del estudio o del trabajo a la oración; permanecer unidos a Dios con una elevación permanente del corazón, o al menos frecuente; en fin, trabajar con mucho empeño y, al mismo tiempo, rezar. **Si no tienen este espíritu**, no serán nunca buenos misioneros y misioneras. Podrán creer que lo son, pero en realidad, no lo son. ¡Felices ustedes si tratarán siempre de avanzar en la vida interior, con **el espíritu de recogimiento y oración!**” (Los quiero así, 181)

Vivido de esta manera, el **“espíritu de oración”** inculca en el misionero la conciencia de que “Jesús camina con él, habla con él,

respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión” (EG, 266).

Por lo tanto, el **“espíritu de oración”** no es marginal en la vida del misionero de la Consolata y ni siquiera es opcional para su estilo de evangelización. Porque “en la configuración del carisma no existe sólo el fin ad gentes, sino también una cierta forma de vivirlo, con ciertas aptitudes o características que para el Fundador son componentes esenciales de la identidad del misionero de la Consolata. Están sintetizadas en las Constituciones y se refieren a los énfasis espirituales (nn. 12-16), a las virtudes (nn. 18-19) y al estilo propio de los misioneros de la Consolata en la evangelización (nn. 71-76). El denominador común que lo impregna todo es lo que el Fundador suele indicar como: **“espíritu de...”**, en el que se encuentra el alma de sus exhortaciones espirituales, la fuerza unificadora que va más allá de los condicionamientos del tiempo y de las formas de la espiritualidad. Habla del espíritu de pobreza, del espíritu de obediencia, del espíritu de sacrificio, del espíritu de **oración, del espíritu de silencio**, del espíritu de humildad, del espíritu de fe, del espíritu de trabajo, del espíritu de desapego, del espíritu de caridad, del espíritu de mansedumbre. El “espíritu” es una realidad que penetra, sostiene y ennoblece todo. Es sabor, como la sal para la comida. Es acicate y tensión hacia algo más. Es profundidad, intensidad. Es intuición. Es lo opuesto a todo formalismo. Es totalidad. Es verdad, especialmente en ser misioneros. Lleva a lo esencial de las cosas. Es hacerlas bien. **El “espíritu” da el sentido** de la permanencia en la movilidad. Es unidad, armonía. Es lo que transforma. Es coherencia. Es una manera de ser y de portarse. Es seguir a Jesucristo, imitarle a Él, primer Misionero y verdadero modelo de los Misioneros, identificándose con el espíritu del Instituto: “vosotros debéis

tener el espíritu de los Misioneros de la Consolata, en los pensamientos, en las palabras, en los hechos” (VE 88; X CG 2).

Por lo tanto, podemos decir que:

- **El “espíritu de oración” reaviva la elección de la consagración, ya que es la memoria renovada a diario del sí incondicional** que se le ha dicho al Señor y no a cualquier actividad misionera.
- **El “espíritu de oración” es el guardián de la presencia del Señor** que está en nosotros y que da sentido a la vida y al ministerio del misionero, hasta el punto de poder exclamar con Pablo: **“Sé en quién he puesto mi confianza”** (2 Tim 1.12).

“El sacerdote debe ser un hombre que conoce profundamente a Jesús, que lo ha encontrado y ha aprendido a amarlo. Por lo tanto, debe ser, **sobre todo, un hombre de oración, un hombre verdaderamente “religioso”**. Sin un fuerte fundamento espiritual, no logra permanecer mucho tiempo en su ministerio. De Cristo debe aprender también que en su vida lo que importa no es la autorrealización ni el éxito. Por el contrario, debe aprender que su objetivo no es construir una existencia interesante o una vida cómoda, ni crear una comunidad de admiradores o partidarios, sino que se trata propiamente de actuar en favor de los demás (**J. Ratzinger, *La Chiesa. Una comunità sempre in cammino*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 1991, 91-92).**

Metáforas para decir: “vida de oración”

Allamano, para indicar la vida de oración, recurrió a símbolos, metáforas y comparaciones y es útil, además de agradable, observar con qué detalles Allamano, utilizando sus imágenes, habla de la oración.

Las imágenes que utiliza son hermosas por su sencillez y por esa sensación de libertad interior que inspiran. Ciertamente constituyen una clave

hermenéutica de su lenguaje “comunicativo”, casi huellas dactilares; tienden a dejar el discurso abierto, en lugar de cerrarlo; empujan la búsqueda de imágenes mejores o más significativas, sin definir nada y sin imponer nada, sobre todo para invitar a pasar de la teoría a la práctica.

Los ejemplos serían muchos; pero es suficiente una pequeña muestra.

“Haced lo que hacen las gallinas cuando beben, que levantan la cabeza: lo hacen para tragar el agua; pero nosotros decimos que levantan sus picos a Dio” (Conf. MC 27/04/1919).

“Es importante apuntar: leer por la mañana la Sagrada Escritura o una página de la Imitación de Cristo para rumiar durante el día las frases más bellas” (Cfr. Uomo per la Missione, p. 33).

“El recogimiento es absolutamente necesario para poder sacar provecho de lo que se hace; de lo contrario, nos quedan esas especies de oasis que son las prácticas espirituales, pero fuera de ellas, todo es árido.” (Los quiero así 181).

“La Sagrada Escritura es como un pozo profundo con agua clara y fresca; es como un jardín lleno de flores” (Cfr. Los quiero así, 173; 171); “la Sagrada Escritura hay que saberla exprimir” (Cfr. Conf. I, 167).

“Orar es como comer una hermosa manzana o un racimo de uvas”. (Francesco Pavese, *Allamano diceva I (pro manuscrito)* 79)

Espiritualidad de la acción

Allamano también dijo, especialmente dirigiéndose a los misioneros: “San José en Nazaret no dejaba de trabajar para ir a orar: tenía que proporcionar el pan de cada día a Jesús y a María. (...) María Santísima no pasó su vida de rodillas, orando; no, también trabajaba mucho, ocupada con las tareas domésticas en Nazaret. (...) **No basta con orar, es necesario adquirir el hábito de la oración, que no consiste sólo en hacer oración por la**

mañana y por la noche, sino en referir a Dios todas nuestras acciones. Si lo hacemos, nuestro trabajo se transformará en oración” (Conferencia a las Misioneras, 21 de noviembre de 1914; VE, 550).

“Así que, **nuestro trabajo será oración**”: Allamano no pudo encontrar una expresión mejor. También porque está en sintonía con S. Pablo: “Todo lo que hagáis de palabra y de obras, hacedlo en el nombre del Señor” (Colosenses 3.17). Allamano se refiere a estos textos cuando les dice a los misioneros que su vocación es muy hermosa, incluso superior a cualquier otra, porque se le parece mucho a la de Jesús, “quien pasó haciendo el bien y sanando a todos” (Hch 10.38); la verdadera tarjeta de identidad del cristiano es “tuve hambre y me disteis de comer” (Mt 25.35ss).

Los caminos para ir a Dios son, desde luego, muchos; pero el de la acción, de una manera u otra, es necesario. También se podría decir, para interpretar correctamente el pensamiento de Allamano, que no se debe separar la oración de la acción, pero tampoco la acción de la oración; o, mejor dicho, no se puede separar el espíritu de oración de la acción y la acción del espíritu de oración. Es por eso por lo que hablamos constantemente de **“espiritualidad de la acción”**.

Allamano no considera correcto que uno se dedique al apostolado casi con la impresión de cometer continuos “robos”, royendo siempre algo en la oración. El ideal no es, por lo menos para los misioneros, aspirar a la soledad de los conventos y de los desiertos, sino quedarse en medio del ajetreo de la vida real.

Todo ello, evidentemente, bajo ciertas condiciones, como la que Allamano expresaba en su aforismo, tan citado: *Primero santos y luego misioneros*, que, también por la interpretación que él mismo le dio, significa “santos para ser buenos misioneros”.

En otras palabras, la **“espiritualidad de la acción”** pone en guardia frente a ciertas propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y

misionero y a un activismo exasperado sin una espiritualidad que lo sostenga y transforme el corazón.

En resumen, “sin momentos prolongados de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de significado, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. *La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración*” (EG, 262).

ORIENTACIONES

Oración de intercesión

“No olvidéis nunca que el Señor y la Consolata os acompañan y yo, cada mañana, delante de nuestra Madre, ofrezco mi acción de gracias por la Santa Misa, orando de manera especial por toda la comunidad y por cada uno de vosotros, en particular” (Beato José Allamano, *Conferencias a los misioneros*, 12 y 15 de septiembre de 1920).

Inter-ceder significa “dar un paso entre”, “interponerse” entre dos partes; haciendo esto el misionero ejerce su ministerio como pastor llevando ante Dios a los cristianos de la comunidad de la que es responsable, para recibirlos de nuevo de Dios. **La intercesión nos lleva no tanto a recordarle a Dios las necesidades de las personas** (Él, de hecho, “sabe lo que necesitamos”: Mt 6.32), **sino que nos lleva a abrirnos a la necesidad del otro mientras lo encomendamos a Dios.** Se comprende así cómo la intercesión, la oración por los demás, es la custodia más eficaz de las relaciones del misionero con los demás.

Como Moisés, que a menudo se representa con las manos elevadas a Dios intercediendo por el pueblo (Éxodo 17.8-16), la oración del misionero se nutre y se encarna en el corazón del Pueblo de Dios. Lleva los signos de las heridas y de las alegrías de su pueblo, a quien

presenta, en el silencio, ante el Señor para que sea consolado con el don del Espíritu Santo. Es **exactamente en la oración** del Pueblo de Dios que el corazón del misionero se encarna y encuentra su lugar.

Del corazón de San Pablo, el gran evangelizador, nace una oración repleta de personas: “Siempre que rezo por todos vosotros, lo hago con alegría... porque os llevo en mi corazón” (Fil 1.4.7). La intercesión no nos aleja de la verdadera contemplación, porque la contemplación que ignora a los demás, es un engaño (cfr. EG, 281).

Elogio de los Misioneros Mayores

“Los **Misioneros ancianos son testigos**, entre nosotros, de una Misión difícil, de frontera y de primera evangelización, o vivida en otros contextos; pero siempre con una entrega total al anuncio del Evangelio y a la continuidad de la Misión. A veces, llevan de ello evidentes estigmas, y esperan su cumplimiento en **silencio, oración y sufrimiento**. (...) Participan en el misterio de la Salvación a través del sacrificio de la inactividad forzada, el sufrimiento físico y moral y la oración. Su presencia es preciosa y es considerada tal por todos, especialmente por los misioneros en actividad. Éstos necesitan sentirse sostenidos **por su intercesión**, fortalecida por su ofrenda, y por el interés por su trabajo y sus dificultades” (X CG 5.1.7).

Cuando nos detenemos **ante Jesús crucificado**, reconocemos todo su amor que nos da dignidad y nos sostiene; sin embargo, en ese mismo momento, si no estamos ciegos, comenzamos a percibir que esa mirada de Jesús se ensancha y se vuelve llena de afecto y amor hacia todo su pueblo. De esta manera redescubrimos que Él quiere usarnos para acercarse cada vez más a su amado pueblo. Nos saca de entre el pueblo y nos envía al pueblo, y con esto nuestra identidad no puede entenderse sin esta pertenencia (cfr. EG, 268).

Por una oración misionera “específica”

Pero ¿hay una oración específicamente misionera? Y si existe, ¿cuáles podrían ser sus rasgos característicos?

Los contenidos teológicos no cambian, pero son *el contexto*, *la perspectiva* y el *horizonte* los que diferencian la oración “tradicional” de la oración misionera.

En la oración tradicional, *el contexto* está marcado por mi situación, mi estado de ánimo, mis necesidades; *la perspectiva* depende del entorno cercano que me rodea; *el horizonte* está formado por la porción de iglesia a la que pertenezco.

En la oración misionera *el contexto* está determinado por las situaciones del otro como otro, diferente de mí, de sus necesidades y de sus esperanzas; *la perspectiva* es el mundo entero, con todos sus desafíos, contradicciones y aspiraciones de paz, equidad y justicia; *el horizonte* es el Reino, hecho carne en Jesucristo, pero aún no plenamente realizado.

En otras palabras, **la oración misionera es:**

1. esa oración en la que *se describe la vida de las personas*, lugar en el que reconocer la huella misteriosa y activa de Dios;
2. esa oración que *nos educa continuamente a ensanchar los espacios del corazón y de la mente*; oración que se convierte en un ejercicio continuo de escucha, contemplación; pero también de apertura y de acción en la historia;
3. esa oración *en la que encuentran espacio los gemidos, los lamentos, las alegrías y las esperanzas de los hombres y mujeres de hoy y de siempre*; en la que el grito de los pobres, de los oprimidos, de los migrantes de este nuestro mundo es llevado tenazmente ante Dios;
4. esa oración *que sabe reconocer*, incluso en medio de las tormentas

- de la vida y los horrores del mundo, *la acción del Espíritu*; que capta su fuerza incluso en la debilidad, que fortalece su fe dándola;
5. esa oración que espera ardientemente contra toda esperanza humana, *que nos invita a asumir nuestras responsabilidades y a traducirlas en un compromiso concreto* de cambio para el bien común;
 6. esa oración que nunca nos deja *cerrarnos en nosotros mismos*, no nos deja retorcernos en nosotros mismos, sino que nos abre a nuevas perspectivas, nos invita a ir siempre “más allá”, a otros pueblos, a otras necesidades, a otras encarnaciones, a otros riesgos de novedad.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL COMPARTIR

Indicaciones del XI Capítulo General

Proponemos nuevamente algunas indicaciones del XI Capítulo General que siguen siendo muy útiles para una evaluación.

“Todo misionero es auténticamente tal sólo si se compromete en el camino de la santidad (cfr. RM, 90).

Realizamos este compromiso:

1. *En un camino espiritual y de oración personal, que se convierte en el alma de nuestra convivencia y de la misión, con especial atención a los pobres.*
2. *En la humilde y atenta escucha de Dios a través de su Palabra, que nosotros, personalmente y como comunidad, nos comprometemos a meditar, profundizar y testimoniar todos los días de nuestra vida.*
3. *Darles valor y espacio a los tiempos del espíritu, a los ritmos de la oración y reflexión personal, a los momentos de oración*

comunitaria (a diario, retiros mensuales, ejercicios espirituales anuales), a las expresiones de piedad popular y de espiritualidad inculturada.

4. *En fidelidad a la Eucaristía diaria, a la liturgia de las horas, como acción de gracias e intercesión en favor de todos, y al sacramento de la reconciliación.*
5. *Acostumbrarse a orar y celebrar con las personas de las comunidades que nos han sido confiadas, para unir la oración y el trabajo apostólico, siguiendo el ejemplo de Pablo” (cfr. Rom 12.1-2).*

Pregunta: ¿Cómo podemos poner en práctica estas indicaciones del XI Capítulo General para renovar nuestro “espíritu de oración”?

Dejémonos interpelar por algunas exhortaciones del beato José Allamano.

“¡Amemos la oración! ¡Sí, rezar, rezar bien! No creer que el tiempo dedicado a la oración es tiempo perdido. Alguien dice: «¡en estos tiempos se necesita acción, acción!». Sí, sí, trabajar; pero hay más necesidad de la oración que de otras cosas. Necesitamos del espíritu de Dios. Lo mismo en las misiones: No crean que se va sólo a trabajar. **Cuanto más trabajo tengan, más deberán rezar.** Algunos, con la excusa de hacer el bien a los demás, no rezan más, ni para sí ni para los demás; aún más, se vuelven inútiles para sí y para los demás. ¡Les digo todo esto, porque quiero que se conviertan en **hombres y mujeres de oración**, ¡desde la mañana hasta la noche!!” (Los quiero así 176).

“Quien reza, responde a la vocación y es fiel a la misma. La perseverancia en la vocación es una gran gracia de Dios, que no se obtiene sino rezando mucho y bien.” (Los quiero así 175).

“Recen siempre sin desanimarse. Hay que vivir de la vida interior. Que cada una de nuestras acciones, espiritual o material, empiece en Dios y termine también en Él. Este es el espíritu que debe acompañarnos cada día y todos los días; sólo así nuestra vida será toda del Señor.” (Los quiero así 175).

Pregunta: ¿Qué es lo que más te llama la atención de estas exhortaciones?

Pregunta: qué propuestas tienes para vivir:

- el espíritu de oración
- la espiritualidad de la acción
- la oración de intercesión.

ORACIÓN

Necesitamos...

Necesitamos encontrarte, oh Dios.

*Cuanto más recibamos en el silencio de la oración,
más daremos en la vida de acción.*

*Necesitamos el silencio
para mover a las almas.*

Necesitamos encontrarte, oh Dios.

*Lo importante no es lo que decimos,
sino lo que Tú dices a través de nosotros.*

*Todas nuestras palabras serán vacías
se no vienen de Ti.*

*Seguramente seguiremos siendo pobres
hasta que no hayamos descubierto
las palabras que dan la luz de Cristo.*

*Seguiremos siendo ingenuos
hasta que no hayamos aprendido
que hay silencios más ricos
que el desperdicio de palabras.*

*Seguiremos siendo ineptos,
hasta que no hayamos entendido que,
**con las manos juntas,
podemos actuar mejor
que agitando las manos.***

Necesitamos encontrarte, oh Dios.

Hélder Cámara